

Iglesias de la última frontera en La Araucanía, Chile.
Cristian Rodríguez Domínguez
Arquitecto
Andrea Saavedra Teigue
Profesora de Historia, geografía y Educación Cívica.

Resumen: Estudio histórico arquitectónico de los edificios de las iglesias de misiones franciscanas y capuchinas en distintas ciudades de Malleco y Cautín, acompañado de fotografías que dan cuenta del patrimonio arquitectónico de Araucanía.

Palabras Claves: Templos Araucanía, misiones, franciscanos, capuchinos

Summary: historical architectural Study of the buildings of the churches of Franciscan missions and capuchinas in different cities of Malleco and Cautín, accompanied of photographs that realize of Araucanía's architectural heritage.

Key words: Temples Araucanía, missions, Franciscans, Capuchins

Introducción



Fotografía 1, Templo San Leonardo de Porto Mauricio de Collipulli antes del terremoto en 1960 cuando se cayó la cúpula. Autor desconocido.

La incorporación de la Iglesia al territorio de Chile es de data remota y esta vinculado al avance progresivo del español hacia el sur, desplazamiento que hizo inminente la

ocupación de los territorios de Chile y la Araucanía. Esta última región, tras este proceso comenzó a modificar inexorablemente toda su ancestral estructura, debiendo los mapuches adecuarse cambios que paulatinamente se fueron incorporando a su modo de vivir a partir de la religión.

Con un clima adverso, la evangelización surge como una ardua tarea de salvación, que se inicia con el arribo a estos territorios de un gran número de misioneros europeos, siendo los jesuitas primero, luego franciscanos, capuchinos y posteriormente los protestantes durante la ocupación de la Araucanía, construyendo de esta manera un espacio diverso en el aspecto religioso que se puede apreciar hasta nuestros días.

Recién llegado el conquistador español a América, arribaron los eclesiásticos provistos de cruces y envueltos de un manto creencias propias del mundo medieval, cristianas y heroicas, lideran un proceso de exploración y ocupación del territorio descubierto.

“El conquistador español fue un hombre de dos mundos: medioevo y renacimiento. Tuvo sed de gloria, deseo de dejar fama y memoria de sí... pero también fue hombre de profundas convicciones religiosas y el clima beligerante de la contrarreforma católica terminó por envolverle: la conquista tuvo también fisonomía de cruzada y hubo momentos en que toda la vieja tradición de lucha contra el infiel pareció revivir. Fue un hombre que mezcló toda la teología medieval con las ideas del capitalismo”¹.

En este contexto, la evangelización surge como una necesidad de la Corona de contener al aborigen e integrarlo al sistema económico que desde el siglo XVI se implantó, utilizándolo como mano de obra, e incorporándolo de este modo a la “civilización”. Testimonios de estos periodos históricos manifiestan que la destrucción sistemática de la cultura local y su reemplazo por las pautas impuestas desde Europa fue una tarea primordial que justificaba el uso de cualquier medio para llevar a cabo dicha cruzada, logrando desarrollar campañas misionales nunca antes vistas en estas latitudes, donde se utilizó la violencia e incluso el genocidio para alcanzar el objetivo de la evangelización y dominación.

¹ Villalobos, 1989, p. 20.

“La evangelización en América constituye un tema en el que se cruzan distintos capítulos de nuestra historia: el de la gestión de los misioneros, el de la interculturalidad, el de la imposición, la resistencia y la inmigración”².

En caso de la Araucanía, los mapuche “vivían en comunidades esparcidas y libremente confederadas que funcionaban en un nivel de “cacicazgos” incipientes”³, las que determinaban su organización social y política, definidas por estructuras jerárquicas delimitadas por el control de la tierra, el que se lograba a través de las relaciones de parentesco establecidas por medio de los matrimonios y la poligamia, articulando una estructura organizativa de linajes patrilineales que permiten por medio de la poligamia ampliar nexos políticos entre familiares, linajes y localidades así emparentadas.

“A la llegada del español en distintos territorios ocupados por el pueblo mapuche encontraron condiciones económicas bien desarrolladas en las cual la producción agrícola, por medio de sementeras principalmente para la siembra de maíz y papas, además de la presencia de la ganadería llamo la atención sobre todo en las zonas mas australes ocupadas por este pueblo como en Chiloé”⁴.

Dicha característica permitió la configuración de una carga simbólica que dio paso a la construcción de una religiosidad común para este pueblo, la que se constituyó en un conjunto de creencias mágico-religiosas “*congregando a la sociedad en una sola expresión de moralidad*”⁵. Estas expresiones forman parte de una estructura mayor de comprensión del mundo relacionada con el cosmos y la naturaleza, aspectos que definen su cosmovisión.

“Posiblemente en Chile sean pocos los grupos o sectores que manifiestan con tanta claridad como los mapuche, que su identidad, su ser (inseparable de las condiciones de vida de la tierra (mapu), los animales, la naturaleza) se liga hasta confundirse con lo sagrado”⁶... “La cosmovisión es el todo. Es la armonía. Es el equilibrio. Es el hombre, naturaleza y lo que ocurre”⁷.

² Pinto, 1988, p. 1.

³ Dillehay, 1990, p. 80.

⁴ Rodríguez y Saavedra, 2007, p. 20.

⁵ Dillehay, 1990, p. 80.

⁶ Foerster, 1995, p. 93.

⁷ Mires, 1992, pp. 120-132.

De este modo, en el mismo corazón del territorio indígena, a la llegada de los sacerdotes se fueron esbozando los primeros sueños de cristiandad en las cercanías del río Imperial, rodeado de colinas boscosas. Espacio que vio germinar aquella gesta enorme, pero de muy poca duración, producto del enfrentamiento constante entre español y mapuche, provocando que en poco tiempo, la Araucanía se convirtiera en territorio de conquista y espacio de guerra que durara más de cien años, producto de lo sesgado de las posturas y el notable desencuentro entre dos culturas, que desataron la Guerra de Arauco, conflicto que obligó a los españoles a revisar su conducta frente a la Araucanía e intentar una nueva estrategia en sus relaciones con el mapuche. Esto lleva a que se instalaran en el país en el año 1593 los sacerdotes de la Compañía de Jesús, orden que llegaría a ser una de las más influyentes en los dos siglos sucesivos, instalando misiones, colegios y conventos en las ciudades recién fundadas. Los jesuitas fueron los primeros en emprender esta travesía de salvación en un territorio hostil y cargado de una arraigada cosmovisión que estos jamás lograron comprender hasta el día de su expulsión en el siglo XVIII.



Fotografía 2, Misioneros capuchinos bautizando a niños indígenas. Autor desconocido.

Uno de los grandes logros de esta congregación fue la denominada *Guerra Defensiva*, planteamiento que si bien partía de una premisa sesgada sobre el mapuche con el correr de los años, permitió aminorar la rudeza de la Corona Española. Esta labor evangelizadora se realizó a través de correrías evangelizadoras las que no dieron los frutos esperados hasta el día de su expulsión en el año 1771. Tras la expulsión de los Jesuitas, se hace cargo de la Araucanía la Orden de los Franciscanos, los que durante su

gestión en esta zona se ven enfrentados al proceso de Independencia de Chile y posterior ocupación de la Araucanía.

La evangelización tras la ocupación de La Araucanía

En la Araucanía el proceso de Independencia de Chile, se vivió de un modo distinto al resto del país ya que región para aquella época aun era un territorio autónomo y caracterizado por las relaciones fronterizas entre *huincas*⁸ y mapuche, convirtiéndose a este territorio en una especie de Estado incrustado en otro, como plantea el historiador Jorge Pinto.

Sin embargo, para mediados del siglo XIX, se consolida la economía del país, lo que permite centrar la mirada en la Araucanía con la clara intención de ocuparlo a como de lugar, creando estrategias de penetración, siendo el único impedimento la población mapuche que allí habitaba. Iniciándose un fuerte debate entorno a la necesidad de ocupar dichos territorios y someter a sus habitantes, configurándose un discurso de ocupación de marcado anti-indigenismo, lo que legitimó la acción del Estado, proyectándole a la opinión pública la idea de un mapuche de barbaridad incorregible, que ultrajaba al país y entorpecía su desarrollo, llegando a la convicción de que en la Araucanía habían “*indios malos en tierras buenas*”⁹, por lo que se hacía inminente eliminar al bárbaro, reducirlo a la civilización y transformarlo en ciudadano, para lo cual el evangelio jugaría un rol fundamental.

“Cada misioneros, con la linterna de Diógenes en la mano ha recorrido el territorio araucano halándoles del fin que ha tenido el Supremo Gobierno al implantar establecimientos misionales en los principales lugares, centro de las familias indígenas, haciéndoles comprender, que el misionero no lleva otro faro que le guíe al establecerse entre ellos, que el de sacarlos del oscurantismo en que hasta la fecha vivían, i colocarlos al nivel de la jente culta que pueblan nuestras ciudades”¹⁰.

Reconociéndose la importancia de la evangelización para lograr la ocupación de la Araucanía, desde mediados del siglo XIX la frontera fue constituida como tierra de misiones, para lo cual, fueron convocados la Orden de los Franciscanos quienes se asentaron en el área norte del río Cautín y los misioneros Capuchinos quienes se establecieron hacia el sur de

⁸ Denominación de los mapuches a los que no integraban su etnia.

⁹ Pinto, 1998. p. 15.

¹⁰ “Memoria de la prefectura apostólica de misioneros de Castro. Angol, 10 de abril de 1901”, en *Memoria del Ministro de Culto e Instrucción Pública*, Santiago Imprenta Nacional, 1901, p. 248

dicho río. De esta manera, franciscanos y capuchinos se incorporaron a la legislación eclesiástica chilena.

“Formando, toda la Araucanía hasta el río Toltén, parte del Obispado de Concepción y al sur de este río del Obispado de Ancud”¹¹.

Por otro lado, los mismos misioneros franciscanos con la finalidad de lograr una mayor efectividad en sus funciones evangelizadoras decidieron a partir del año 1891 dividir el territorio que les correspondía, esta división se realizó a partir de una línea central ubicada en el valle central que dividió el territorio en dos prefecturas la ubicada al oriente correspondiente a la Prefectura de Chillán y la situada al poniente de esta línea pertenecía desde este momento a la Prefectura de Castro.

“La Araucanía, territorio entre los ríos Bio-Bio i Cautín, forman ante una sola Prefectura, servida en común por los Colegios de Chillan i de Castro. Pero el año 91 se dividió en dos para el mejor servicio de las mismas misiones. La parte oriente pertenece a la de Chillan, i la del poniente, a la de Castro. La prefectura del Colegio de Chillan fijo su residencia en Collipulli. Tiene bajo su dependencia ocho Misiones, servidas por diez i ocho misioneros. Las Misiones están establecidas en Temuco, Lautaro, Curacautín, Victoria, Collipulli, Nacimiento, Mulchen i Rucalhue. El territorio de esta Prefectura comprende una gran parte de las provincias de Bio- Bio, Malleco i Cautin, ósea los departamentos de Nacimientos, Mulchen, Collipulli, Mariluan i Temuco”¹².

En un comienzo, ambos grupos de evangelizadores realizaron incipientes recorridos por la región, proporcionando el bautismo y estableciéndose con dificultad en los nacientes fuertes y sectores rurales. Sin embargo, los efectos del catolicismo no diezmaron el carácter indómito del mapuche, el cual resistió por años.

“Cuando los barriles están vacíos, me acerco a un viejo cacique amigo mío, y le pregunto si esta contento de ser cristiano.

-Si- me responde-, pero la ultima vez que fui bautizado se nos dio mucho mas aguardiente”¹³.

¹¹ Ferrando, 1986, p. 552,

¹² “Memoria de la prefectura apostólica de misioneros franciscanos de Chillán. Collipulli, 20 de abril de 1899”, en *Memoria del Ministro de Culto e instrucción Pública*, Santiago Imprenta Nacional, 1899, pp. 295-296

¹³ Verniory, 1975, p. 447.

Por su parte, los capuchinos se establecen al sur del río Cautín, insertos entre las poblaciones indígenas generando con ello una retroalimentación, lo que permitió a los eclesiásticos alcanzar el objetivo de las misiones, logrando un acercamiento del mapuche y con esto inculcar toda la fe cristiana y la educación. Sin embargo, esta situación cambia de manera radical producto del proceso de ocupación de este territorio por parte del Estado Chileno, tiempo en el cual esta región nuevamente se transforma en un espacio de guerra.



Fotografía 3, Misioneros y mapuches. Autor desconocido.

Tras la ocupación, la presencia de estas ordenes evangelizadoras fue vital a la hora de contener al indígena y principalmente en el ejercicio del poder, ya que los misioneros comenzaron a tener un rol protagónico en el devenir histórico de la región y más aún cuando se impulsa el proceso de colonización, llegando los primeros inmigrantes europeos quienes alejados de sus familias y en un espacio desconocido inician una travesía que necesitó todo el apoyo de la religión. De este modo, la necesidad de convivir en este nuevo espacio implicó que tanto los antiguos como los nuevos habitantes de esta zona recurrieran ahora no solo al catolicismo, sino también al protestantismo, el cual se hizo sentir fuertemente en la región. A diferencia de la religión católica, el protestantismo careció del impulso del Estado, por lo que fue germinando de manera precaria e individual por las colonias, permitiendo entregar otra mirada del evangelio en la región.

Propuesta que de modo paulatino fue calando hondo tanto en los colonos, chilenos y en gran parte del pueblo mapuche, es así, como en pleno territorio colonizado, la masificación de templos y la construcción de enormes iglesias católicas y protestantes, se

hizo indispensable, configurando de esta manera todo un paisaje cargado de simbolismo que perdura hasta nuestros días.

Si bien es cierto, que el contexto social de la Araucanía estaba definido entre dos conceptos radicales como “*progreso*”, por un lado político y “*barbarie*”, por un lado espiritual, el rol que le confirió la iglesia fue ser un articulador entre estos dos mundos. A partir de la presencia de la fe, se pretendía un acercamiento más expedito del pueblo mapuche hacia el progreso. Definiendo así la justificación modernizante, si la hacienda a través del cultivo del trigo con una impronta de la “*utopía agraria*”, generó un acercamiento desde el punto de vista económico, la presencia de la religión impulsada por el Estado, buscaba potenciar desde el punto de vista socio cultural una transformación mayor del individuo, así sumado ambos aspectos convertirían al bárbaro en civilizado.

Según lo impulsado por la Sociedad Nacional de Agricultura, órgano rector en los fundamentos políticos y agrícolas. Al vivir el hombre en íntimo contacto con el agro, cumple con la voluntad divina. De hecho, el contacto con la agricultura, tiene el efecto de moralizar a la especie humana, a la especie araucana. Se piensa que:

“No hai código ni libro que contenga tanta moral como un campo cultivado. El arado echo los fundamentos de la sociedad al trazar el primer surco. Lo que sale de la tierra labrada, no es solo trigo, es una civilización entera”¹⁴.

De esta manera, el paisaje de la Araucanía se transforma, las tierras son sembradas de trigo el que con fuerza se abrió paso en los mercados extranjeros, propiciando la creación de espacios que acogieron esta basta producción naciendo molinos y bodegas, las que se fueron llenado de aquel dorado grano que ilumino el progreso de esta región durante un importante lapso de tiempo. La agricultura se constituye en la base de la economía y casi la mitad de su población depende del medio rural, con ello se dio inicio en la región a una nueva etapa en su economía.

Este proceso con el transcurso del tiempo permitió que aquella sociedad esencialmente rural viera nacer pequeños poblados, los cuales fueron evolucionando,

¹⁴ Izquierdo, 1968, p. 50.

convirtiéndose muchos de ellos en importantes ciudades, imponiendo una nueva legitimidad territorial y sociopolítica, desarticulando y transformando la “*Araucanía Mapuche*” en “*Araucanía chilena*”.

Ese fue uno de los motivos de los religiosos al construir enormes templos, principalmente por los franciscanos quienes llegaron de manera paralela al establecimiento de las líneas defensivas en la Araucanía. Estos edificios eran un gran volumen, de una belleza sin igual, con una expresión de detalles que deleitaban la vista de los visitantes, una rigurosidad extrema, con un trazado simétrico, una fachada imponente de una altura sin igual conocida hasta entonces en los territorios de la frontera.

Formas constructivas de las misiones

Dichas congregaciones, desarrollaron formas constructivas que se caracterizaron por adoptar normalmente los materiales disponibles y los estilos imperantes en la zona de la construcción o reproducidos desde otras que sirven de modelo, logrando construcciones originales, rudimentarias, pero con un fuerte referente europeo que fueron adaptadas a las condiciones naturales de esta parte del mundo.

La llegada de los misioneros a este territorio y su trabajo como difusores de la fe católica, logró alcanzar una importancia decisiva en el desarrollo de la arquitectura religiosa y de las diferentes tipologías asociadas a ella, como el convento, el monasterio o la iglesia propiamente tal. Esta última, se presenta como un complejo arquitectónico que adquiere diversos rangos y categorías.

Las Leyes de Indias, jerarquizaron la ubicación urbana de la iglesia Mayor, base de la parroquia inicial, denominada Matriz, y eventualmente de la sede episcopal, llamada catedral. Su emplazamiento en la mayoría de los casos está asociado a su localización en la Plaza Mayor o de Armas privilegiando su imagen arquitectónica dentro del conjunto.

“Las catedrales tenían generalmente adyacente una iglesia más pequeña, bajo la advocación del Sagrario, a veces de planta central (México, Quito) y

generalmente paralela al templo catedralicio (Bogotá, Lima), aunque no faltan diseños perpendiculares (Concepción, Chile)”¹⁵.

El intento de jerarquizar el templo dentro del conjunto que rodea la plaza se nota tanto en el otorgamiento de mayor volumen de tierras como en su ubicación sobre elevada en gradas que le confiere un aspecto dominante. No faltarán aún soluciones de este tipo en pueblos de formación orgánica y de topografía quebrada donde la iglesia se coloca en alto aprovechando cerros o morros.

“La inserción del templo matriz dentro de la trama urbana no constituirá la única expresión posible. En general el sistema de parroquias periféricas a la original se sustentará en las iglesias conventuales ubicadas en muchos casos en solares equidistantes a la plaza mayor desde el trazado fundacional”¹⁶.

Además de la utilización de iglesias conventuales, en aquellos núcleos de gran población indígena se estructura una constelación de iglesias parroquiales que sirven a los barrios periféricos y que diferencian los centros de “*españoles*” y “*naturales*”.

Hay que señalar que las congregaciones, jesuitas, franciscanos y capuchinos, a diferencia de los protestantes, le correspondió operar bajo “*fuerzas fronterizas*”, lo que generó propuestas diversas entre unas y otras. La diferencia tiene su origen en la forma de entender y predicar el evangelio, raíz de todo el pensamiento y acción del misionero. Los jesuitas, hicieron dos proposiciones, una encaminada a convertir al “*indio*” y otra que ponía énfasis en su salvación por la vida sacramental. Los franciscanos en cambio, más intransigentes que los anteriores, fueron presa del desencanto cuando comprobaron cuán difícil era convertir a los indígenas. Los capuchinos, llegados al país al promediar el siglo XIX lograron concretar el ideal franciscano: hacer girar la misión en torno a la escuela.

¹⁵ Gutiérrez, 1984, p. 198.

¹⁶ Gutiérrez, 1984, p. 200.



Fotografía 5, Colegio de Indígenas en Collipulli. Autor desconocido

Por lo anterior, reconstruir la historia de la Araucanía a partir del conocimiento de los cambios generados por la llegada del conquistador español, luego la introducción de las misiones, más tarde del Estado chileno y finalmente la colonización, trajo consigo un proceso de notable diversidad cultural, social y religiosa sin precedentes, transformando casi por completo el ancestral territorio mapuche, cambios que creemos interesantes de analizar ya que permiten comprender una parte importante de la historia de este territorio.

Muchos templos fueron diseñados y construidos por arquitectos sacerdotes extranjeros, en el caso de los franciscanos principalmente italianos, alemanes en los capuchinos y norteamericanos en el caso de los metodistas. El concepto épico ya señalado que dio origen a la aventura de evangelizar la Araucanía se dio bajo una impronta medieval en las edificaciones católicas en la “*frontera*”. Igualmente, las iglesias responden a esta manifestación con su gran presencia urbana, destacan dentro de un precario entorno de madera extremadamente homogéneo, podríamos afirmar así que fue la primera expresión del espacio arquitectónico tal como lo concebimos hoy, una concepción interior pensada para una función específica, con una carga semántica muy fuerte debido a la presencia de murales, vitrales y alta carpintería.



Fotografía 6, Primera Catedral de Temuco. Autor desconocido.

Aquella iglesia, era el espacio más significativo de la Araucanía por aquellos años, que pudiera reconocerse como tal, fue inmensamente mayor que la diminuta estación de madera, punto de reunión de los habitantes de los nacientes poblados. Fue extraordinariamente más rica en expresión que un austero molino, el espacio comercial por excelencia. Más enfático que la casa de la hacienda en señalar el poder.

Su fachada definida por una simetría, sale al encuentro del visitante y se resalta en la ciudad por sus frontones y torres de madera. El acceso, traspasa aquél elemento rígido y ordenado para proyectarse en un interior lleno de equilibrio, luz y armonía, definida por una secuencia de arcos, sostenidos por unos rígidos pilares de madera, sutilmente recubiertos por piezas que conciertan su carácter clásico. De esta manera el espacio arquitectónico de la iglesia va definiendo un orden muy bien trabajado de elementos que poco a poco van otorgándole un mayor simbolismo, pilares de madera finamente trabajados, enfatizando su verticalidad propiedad de los franciscanos, molduras cuya secuencia de luces y sombras configura como un todo la cornisa que sirve de apoyo a una sencilla bóveda de cañón, esta en su expresión directa, simple y alegórica. Esa era una de las condiciones interiores del espacio religioso dentro en un espacio de guerra, el reconocer la singularidad y a la vez el conjunto, apelando a lo simbólico. Al fondo, el altar finaliza en su parte superior la majestuosa bóveda de cañón, profusamente decorada por la iconografía religiosa, una alegoría a santos y paisajes idílicos, reafirmado por la presencia de ángeles. Esta es sin duda, la característica de las iglesias católicas de la Araucanía, en Angol, en el Templo San Buena Ventura, en Collipulli, con la iglesia San Leonardo de Porto Mauricio, y Traiguén con la Iglesia San Francisco y Sagrado Corazón con su esencia llena de simetría y calidez.



Fotografía 7,Templo San Leonardo de Porto Mauricio, Collipulli.

Su intención quizás fue marcar aquel umbral que representaba el espacio religioso para la naciente sociedad fronteriza, cuyo vaivén era entre una modernidad y la sencillez propia del espacio religioso, ese fue uno de las principales razones que motivo en un principio a los arquitectos y constructores religiosos durante gran parte de la ocupación. Su trazado perpendicular a la calle, un eje longitudinal la definió en muchos casos el vincular el espacio interior con la trama urbana, la iglesia logró ser un referente urbano, así desde los serpenteantes caminos que daban a un rustico poblado, se erguía de manera serena y gallarda el símbolo más importante de la iglesia: su torre.



Fotografía 8, Interior de la iglesia Metodista de Nueva Imperial..

Por su parte los capuchinos quienes construyeron al sur del río Cautín en la Araucanía, le otorgaron una sencillez majestuosa al volumen, su presencia básicamente rural,

apoyando misiones religiosas en diversas comunidades mapuches. Destaca una torre central, enmarcando el acceso de un volumen simple, semejante a un galpón en que su interior recoge la inclinación de la cubierta, así ocurre con la iglesia de Boroa, en Nueva Imperial, de ultracautín en Lautaro, entre otras.

Los curas capuchinos bavaros levantaron la iglesia de san Francisco de Asís en Vilcún entre los años 1918 y 1919, esta edificación de un cuerpo simple de 12 por 30 metros, esta definida por una nave central con una bóveda de cañón a lo largo de todo el templo y naves laterales que finalizan con bóvedas de crucería que albergan a las sacristías. Su planta definida de manera de cruz latina, era habitual en la arquitectura románica medieval. En el interior, su cielo, esta pintado con coloridas alegorías bíblicas que replican en cada de los cielos de las bóvedas de las iglesias capuchinas.



Fotografía 9, Iglesia de la misión de Boroa, Nueva Imperial.

Conclusiones

La creciente preocupación por el tema de las identidades, de la historia local y del patrimonio, tangible e intangible, ha llevado a que en vísperas de nuestro Bicentenario como nación independiente se generen estudios que desde las mas diversas disciplinas buscan respuesta y plantean nuevas interrogantes.



Fotografía 10, Santuario de Metrenco, iglesia capuchina, Padre Las Casas.

Este trabajo es una muestra de que las disciplinas como la historia y la arquitectura pueden encontrar numerosos vasos comunicantes convirtiendo en la interdisciplinariedad en algo más que un concepto abstracto y vacío.

Los “*Fascículos de Arquitectura Patrimonial*” comprenden una amplia gama de obras materiales como construcciones, monumentos o sitios de interés y obras inmateriales, sino también ritos, leyendas, costumbres y ceremoniales surgidos del alma popular, entre otros.

En esta oportunidad, se ha abordado la nutrida presencia religiosa en la Araucanía, desde sus primeras manifestaciones que se remontan a la ocupación de este territorio a mediados del siglo XIX, iniciando así un viaje apasionante por los más diversos espacios cargados de religiosidad, que la arquitectura en madera ha expresado de manera tan noble por todo este vasto territorio.

De este modo se fue construyendo un relato interdisciplinario combinando la historia y la arquitectura logrando un estudio holístico que permite comprender el patrimonio religioso de una región tan diversa y cosmopolita como es la Araucanía.

Bibliografía

Dillehay, Tom (1990) “*Araucanía, Presente y Pasado*”. Santiago, Editorial Andrés Bello.

Ferrando, Ricardo (1986) *Y así nació la frontera... Conquista, Guerra, Ocupación, Pacificación. 1550 – 1900*. Santiago, Editorial Antártica.

Foerster, Rolf (1995) *Introducción a la religiosidad mapuche*. Santiago, Editorial Universitaria.

Gutiérrez, Ramón (1984) *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. Madrid, Ediciones Cátedra. Madrid.

Izquierdo, Gonzalo (1968) *Un estudio de las ideologías chilenas. La sociedad de agricultura del siglo XIX*. Santiago Imprenta técnica Ltda.

Memoria del Ministro de Culto e instrucción Pública (1899), Santiago, Imprenta Nacional, 1899

Memoria del Ministro de Culto e instrucción Pública (1901) Santiago Imprenta Nacional-

Mires, Fernando (1992) *El Discurso de la Indignidad*, Ediciones Abya- Yala. Quito, Ecuador.

Pinto Rodríguez, Jorge (1988) *Misioneros y mapuches en la Araucanía, 1600-1900*. Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera.

Rodríguez, Cristian y Saavedra, Andrea (2007) *Cementerios de la Araucanía*. Victoria, Editorial Intercomuna.

Villalobos, Sergio (1989) *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco*. Santiago, Editorial Andres Bello.

Verniory, Gustave (1975) *Diez años en la Araucanía. 1889 -1899*. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.